

Las habitaciones rupestres artificiales riojanas

Clemente Sáenz Sanz

Los restos —hoy casi abandonados— de excavaciones rupestres que existen en el flanco meridional del valle del Ebro en La Rioja conforman un espléndido panorama de hipogeos antiguos y modernos, de origen mayoritariamente sacro los primeros, siendo muy difuso dado su carácter popular el de los segundos. Se entremezclan también usos civiles medievales, reaprovechamiento en la Edad Moderna de antros como palomares, majadas y bodegas, y excavaciones contemporáneas de cuevas para vivienda.¹ La diversidad y continuidad de los usos —con reutilización agrícola, ganadera o habitacional de espacios antiguos en ocasiones— ha sido motivo de la falta de acuerdo en los orígenes y destinos primigenios de parte de las cuevas, interpretadas de modo opuesto por los estudiosos que se han acercado al tema.² Dicha continuidad difumina la perspectiva arqueológica, pues apenas quedan sustratos antiguos que se hayan podido datar con seguridad —quedan muchos sitios por excavar—, y tan sólo el análisis formal y constructivo y el de elementos decorativos o funcionales aportan pistas de momento.

Varios de los colectores que afluyen al Ebro desde las sierras ibéricas presentan agrupamientos rupestres. Son interesantes los del Najerilla (con exponente principal en la antigua capital del reino navarro), los del Iregua (Albelda y su desaparecido San Martín, los misteriosos corredores de Nalda, o las oquedades de los estrechos de Islallana y Castañares), y el

formidable despliegue rupestre que se ofrece a nuestros ojos bordeando el valle del Cidacos, desde Santa Eulalia hasta Autol pasando por Arnedo. Más modestos son los antros de las cuencas de Jubera y Leza.

Atalayando Logroño en margen izquierda del Ebro se encuentran también unas salas y celdas subterráneas cuyas ventanas se abren a la ciudad en los contrafuertes del cerro de Cantabria, de origen también discutible.

Emplazamiento singular es el de San Millán de la Cogolla, cuya radicación inicial en Suso floreció sobre un apartado núcleo de cuevas labradas por esforzados eremitas, probablemente con el Santo como primer habitante retirado a estas frondas. Otros cenobios o lugares de culto aislados son, entre otros, los de San Tirso de Arnedillo, Santa Lucía de Ocón o San Esteban de Viguera, cercanos algunos a grupos mayores. Tradiciones hay en Valvanera, Anguiano, Clavijo o Bilibio, siempre asociadas a anacoretas retirados al *eremus*. De mayor antigüedad es el poblado celtibérico de Contrebia Leucade, similar a Termancia en su resolución, pues existen en él viviendas rupestres y semirrupestres.

Tratamos de recoger aquí los problemas que sufren algunos de estos grupos rupestres, cuyo estado es precario, apuntando las causas naturales que conducen a su ruina —comunes en general—, esbozando antes el marco histórico al amparo del que se crearon.

BREVE BOSQUEJO HISTÓRICO

Como hemos dicho, las habitaciones rupestres artificiales riojanas tienen orígenes en gran parte sacros. No son los únicos lugares de la Península Ibérica en los cuales existen huellas de eremitas habitando hipogeos excavados por sus medios. Así, en el valle alavés de Valdegovía existen celdas rupestres que debieron ocuparse en la Alta Edad Media, y sobre las que el obispo Juan de Valpuesta estableció fundaciones allá por el 804, tal como describe Pérez de Urbel (1969, 1: 98–103). No muy diferentes deben ser los orígenes de la que algunos autores han bautizado como Capadocia alavesa de Treviño. El trabajo de Iñiguez (1955, 48–49) apunta al origen visigótico de los grupos de Laño, y diversas campañas arqueológicas parecen avalarlo. Monreal (1989) estudia las tipologías de las plantas eclesiales, la labra y las inscripciones y *graffitis* en un conjunto extenso de manifestaciones rupestres (que abarca todo el alto valle del Ebro, desde Bricia y Valderredible hasta la ribera navarro-riojana), y aboga en una serie de ellas por dicha cronología. Algunas de estas iglesias mantienen el culto, como las de Olleros de Pisuerga y Santa María de Valverde. Posteriores son los templos mozárabes andaluces de Ronda, Pizarra, Bobastro, Archidona o Coín. Apunta a visigótico el bello oratorio de Valdecanales en Rus (Jaén), con celdas monacales anexas, y probablemente la enorme nave hipogea del Alborajico, en Tobarra. Y aún se podrían ilustrar muchos más ejemplos, que no viene al caso detallar.

En La Rioja (y abstrayéndonos de la celtibérica Contrebia del río Alhama), las vidas de San Millán, San Félix de Bilibio y San Prudencio, retirado al Monte Laturce, nos dan claves antiguas de este tipo de poblamiento. En San Millán los diferentes órdenes de cuevas, por delante de las cuales está el edificio mozárabe de Suso, debieron ser acondicionadas por un grupo de anacoretas. No pretendemos dilucidar si San Millán en persona habitó el lugar en el siglo VI, como se deduce del testimonio de San Braulio en la *Vita Sancti Emiliani*.³ Es lícito pensar que el culto al santo hubiese sido afirmado por una comunidad monástica a lo largo de los siglos séptimo al décimo, apartada en las frondas emilianenses del trasiego militar de la época, si bien este problema no está resuelto. El prestigio creciente de esta comunidad la convertiría en objeto de la cabalgada postrera del ha-

chib Almanzor, en 1002. Poco después Sancho III el Mayor remodeló el monasterio.

En Albelda de Iregua, el monasterio de San Martín fue fundado a raíz de la conquista de Nájera y Viguera, en 924. Los restos de celdas que quedan en la Peña Salagona que domina el pueblo o la pequeña iglesia subterránea de La Panera son testigos de la utilización de espacios subterráneos excavados por los monjes que formaban el cenobio primitivo, sin que podamos saber si hubo ocupación de restos anteriores en este caso.

Primitivo es también el aspecto de diversas oquedades cuyas huellas están impresas en los paredones de los estrechos del Iregua, en Castañares e Islallana. En el siglo XIV conocemos un documento que cita el trueque de una torre y cueva en Islallana (Goicoechea, 1949: 33–34). La semirrupestre ermita de San Esteban, abrigada en las balsas de los conglomerados que cierran el valle (al modo de San Juan de la Peña, pero más modesta) atestigua la voluntad de los eremitas de abrigarse en espacios más o menos artificiales de retiro. Monreal (1989:189) considera el espacio al menos prerrománico.

Nájera o *Naxara*, «lugar entre peñas», se debió emplazar primitivamente en el collado que defienden por Norte y Sur los cerros de la Mota y Malpica. De modo similar a otras fundaciones regias, en la del Monasterio de Santa María la Real pesa la tradición de una cueva en la que la leyenda nos refiere el hallazgo por parte del rey García de una imagen de la Virgen en el transcurso de una jornada de caza. La cueva sería la que existe en las traseras del Panteón Real, acondicionada como oratorio.⁴ Entre el desaparecido castillo roquero y el alcázar —cuyaos restos se están sacando a la luz— queda el aéreo grupo de cuevas de El Castillo. No es el único que se asoma al Najerilla. Puertas Tricas (1974) ha estudiado el conjunto citado y otro denominado de las Siete Cuevas, algo más al Sur. Existen otras cavidades río arriba. El uso eremítico que propone el autor citado no está claro, si bien en el momento de fundarse Santa María se le hizo dotación de varias iglesias preexistentes, entre ellas San Pelayo, « . . . *qui est in rupe super ipsam Sactam Mariam situs . . .* ». La distribución interior, la organización de los espacios en habitaciones mucho mayores a las que corresponderían a simples celdas de retiro, las circunstancias históricas parecidas a las de otros puntos próximos, y la existencia de documentos altomedievales que muestran transaccio-

nes de cuevas entre particulares parecen apuntar más bien a su uso como refugios civiles.⁵

Del cerro de Cantabria logroñés es difícil conjeturar. Monreal (1989) y González Blanco (1999) mantienen discrepancias acerca del origen de la mayoría de los subterráneos allí perforados, dada la diversidad de los mismos. Más difícil resulta relacionar el castro cumbreño —la hipotética Cantabria de Leovigildo— con las cuevas.

En cuanto a Arnedo y sus alrededores, y si seguimos a Monreal Jimeno (1989: 209–217), algunas cuevas del grupo del Patio de los Curas, el complejo de El Juncal de Herce, o la iglesia rupestre anexa al Monasterio de Vico parecen remitir a una antigüedad tardía o a usos eremíticos altomedievales. San Tirso de Arnedillo está datado del siglo IX. El problema del valle del Cidacos es que están tan superpuestos los usos habitacional moderno, la colmbicultura y las posibles fundaciones antiguas que rara vez se puede discernir con precisión cual es el origen de los hipogeos, y en qué época se labraron, a no ser formas muy bien conservadas.⁶

LA RUINA PROGRESIVA DE LOS HIPOGEOS

Conocemos diferentes procesos, más o menos documentados, de ruina de estos grupos rupestres. Antes de entrar en una descripción más detallada de las causas, repasemos alguna de estas incidencias.

La más notable es la de San Martín de Albelda, pues su desaparición casi completa se produjo a causa de un gran desprendimiento en la Peña Salagona, en 1683. Recoge un testimonio de primera mano Cantera Orive (1951: 180–186), así como otros incidentes menores, uno de ellos de 1939. Cercano es el caso de Nalda, cuyas cuevas de Los Palomares se encuentran apuntaladas y en riesgo de ruina.

En Castañares de las Cuevas todavía es bien visible la cicatriz del desprendimiento de 1931. El corresponsal de Madoz (1848, 6:80) recoge la existencia de las cavidades, hoy trituradas: *«Inmediato a la población de hallan vestigios de habitaciones abiertas en las rocas y en sitios muy escabrosos»*.

En el pueblo de Herce nos han referido un desprendimiento reciente, cuyo derrubio arrasó el trujal del pueblo hace pocos años. El liso responsable del despegue de la mole rocosa es todavía muy visible, como tantos otros.

San Millán mismo estuvo hasta hace bien poco muy amenazado, y la ladera en la que se asienta Suso ha sido objeto de distintas actuaciones de consolidación y drenaje.

En Nájera se ha tenido que vedar el acceso a las cuevas del Castillo, debido a la precariedad de los frentes. Los derrubios al pie del cantil que bordea el Najerilla son numerosos.

En Arnedo, parte de la población se encuentra amenazada por desprendimientos desde el cerro de San Miguel, parcialmente defendidos con redes de cable flexibles y malla de menor paso. El mismo Cantera (1951: 181) se refiere al peligro en el que se hallaba el castillo de arruinarse por desprendimientos.

Estos procesos no son infrecuentes en la red fluvial afluente al Ebro. En el lado Norte, y un poco más abajo, Azagra (sobre el mismo Ebro) o Falces (en el Arga) sufren la amenaza de desprendimientos sobre sus núcleos o en las proximidades. En Azagra hubo cerca de 100 muertos en 1874 al desplomarse parte de los cantiles sobre el pueblo. Se han efectuado labores de acondicionamiento últimamente (Faci, Rodríguez-Avial y Jugo, 1988a). Parecidos son los problemas de Falces, que han obligado a actuaciones preventivas de entidad (Faci, Rodríguez-Avial y Jugo, 1988b). Ayala, Aparicio y Conconi (1988) estudiaron los riesgos en Milagro y en Cárcar, en cantiles socavados por los ríos Aragón y Arga, respectivamente. En todos los casos se trata de terrenos diferentes a los que nos ocupan, pues los problemas descritos acaecen en yesos. No creemos muy diferentes los mecanismos que los desencadenan, hecha excepción de la influencia de la solubilidad, que favorece la profundización de las grietas abiertas a tracción en los cortados.

GEOLOGÍA DE LAS HABITACIONES

En el flanco Norte de las sierras ibéricas el valle del Ebro está relleno por varias sucesiones detríticas de gran potencia, que son las que aparecen a nuestros ojos en todos los emplazamientos que venimos mencionando. En la zona del Iregua y del Najerilla está constreñido por el Cameros al Sur y por las alineaciones de la Sierra de Cantabria al Norte. Estos dos sistemas, cabalgantes y activos sobre la cubeta, quedan próximos entre sí, y por ello desde la individuali-



Figura 1
Detalle de las alternancias de areniscas y limolitas y capas de yeso al pie del cantil de Nájera que alberga a las Siete Cuevas. Foto: CSS, 2007.

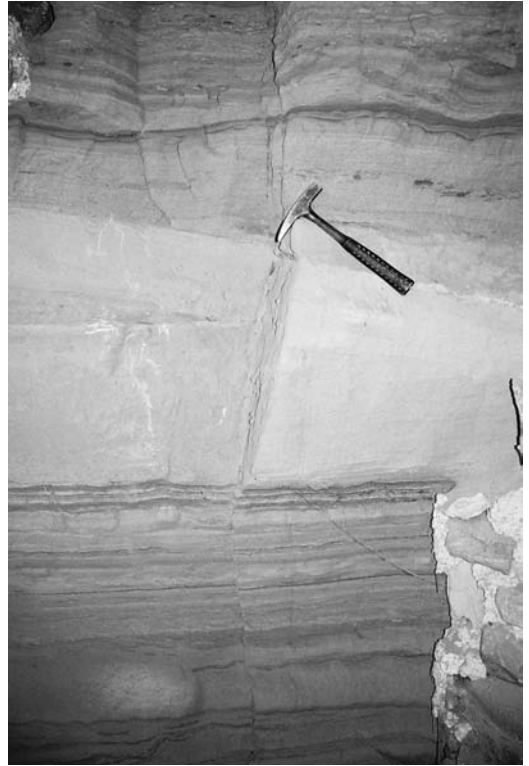


Figura 2
Detalle de las capas limolíticas que componen la Peña Salagona, en el interior de una vivienda abandonada en Albelda de Iregua. Foto: CSS, 2007.

zación de la cuenca apenas se han dado las condiciones para generar niveles carbonatados potentes, siendo las formaciones evaporíticas marginales en esta área, y sin embargo más extensas hacia levante, incluyendo la Ribera navarra, y, por supuesto, la aragonesa.

De este modo, en Nájera, Albelda o Nalda aparecen materiales que gradan de areniscas a lutitas, de vivas coloraciones pardo-rojizas. Se han denominado tradicionalmente Formación Nájera y proceden de la sedimentación en facies de zonas intermedias de sistemas de abanicos aluviales. Los detritos parecen de grano mayor en Nájera, siendo muy evidente la alternancia de finos y gruesos, que dan ese aspecto de sándwich de capas decimétricas a los cantiles, erosionados diferencialmente. Un aspecto importante es la presencia de yesos fibrosos, generalmente asociados a fracturas, en capitas de 1 a 3 centímetros

muy continuas, que a nuestro entender tiene bastante que ver con el desarrollo de patologías. El sostenimiento es bueno en paramentos interiores y techos de los hipogeos, debido a que la estratificación es la discontinuidad preponderante y los vanos moderados; el resto de las fracturas tienen espaciamientos habitualmente métricos o superiores, y es su conjunción en cara de cantil con viseras debilitadas por erosión diferencial y con otras fracturas de descompresión la responsable de parte de los desprendimientos, a nuestro entender.

En Albelda hemos inspeccionado habitaciones labradas en el siglo XIX de impecable factura, dado lo blando del material. Los frentes observados son una alternancia de limos, arcillas y algunas capitas de arenisca fina y fofa; los bancos son de continui-

dad decamétrica, si bien hay algunos acuñaientos. Todo ello muy cubierto de una pátina de alteración limosa, que penetra algún centímetro y que hace difícil determinar en corte fresco la dureza del material. Debe tratarse probablemente del tránsito hacia las litologías más finas de la denominada Formación Alfaro, que es la que ocupa el centro de la cuenca en Logroño, y en la que está modelado el cerro de Cantabria, decapitado a su vez por una terraza antigua.

Los colores son muy variados: rojizos, pardos, grises verdosos e incluso amarillentos (el topónimo originario de *Albayda* = La Blanca no parece muy justificado, pues domina un color carnoso). La estratificación es subhorizontal, en lechos a lo sumo métricos, pero el conjunto lo cruza una red de diaclasas verticales de espaciado de entre 30 y 100 cm. (más abundante este último valor), que ocasionan frentes verticales y escarpes. Esta red sería la responsable de la individualización de bloques desprendidos en la Peña Salagona y adyacentes.

En San Millán y en el sector Castañares-Viguera dominan los conglomerados de borde de la depresión. Atendiendo al método de análisis tectosedimentario, se englobarían en la misma unidad que la Formación Nájera anteriormente descrita, siendo obviamente su litología y medio de deposición diferente. La matriz de los conglomerados es arenosa y calcárea. Están menos trabajados en San Millán, donde se trata de una brecha en la cual hay cantos incluso pizarreños. En los estrechos del Iregua son mayoritariamente clastosoportados y calcáreos, si bien existen lentejones arenosos en bandas a veces decamétricas, y que suele ser donde se forman viseras incipientes. Las condiciones de sostenimiento son formidables a la escala de las cuevas, pero la fracturación vertical es de gran continuidad, y responsable en definitiva de accidentes como el de Castañares antes referido.

Por último, tenemos las areniscas (con capas minoritarias de lutitas y algunos conglomerados) que forman un amplio anticlinal de eje orientado según el paralelo, que va desde Santa Eulalia hasta Autol. Se trata de materiales oligocenos (su secuencia sedimentaria es anterior a la que venimos comentando), en los cuales la acción del Cidacos, destripando el gran pliegue en paralelo a su eje, deja al descubierto parte del flanco Norte. Las yasas y barranqueras afluentes por margen izquierda permiten apreciar el

buzamiento de dicho lado, con valores de hasta 45°. Las areniscas son rojizas, de grano grueso, y presentan estratificaciones cruzadas y contactos erosivos. Los paquetes suelen ser de varios metros de espesor, y de esta circunstancia se aprovechan las habitaciones, que encuentran lechos masivos para abrirse, si bien quedan expuestas a fracturas subparalelas al cantil.

PATOLOGÍAS COMUNES

Es un hecho que la mayoría de los conjuntos rupestres riojanos se encuentran en un estado tal que invita a pensar en una relativamente próxima desaparición de los conjuntos. Tan sólo San Tirso de Arnedillo y San Millán de la Cogolla ofrecen grados de cuidado notables. En el caso de Suso, es su trascendencia histórica y su elevado valor artístico el motivo de su preservación, restauración y de la consolidación del entorno, que amenazaba con deslizar ladera abajo el antiguo edificio. Otro monasterio que presenta una iglesia hipogea anexa es el de Vico, cercano a Arnedo; la susodicha nave se encuentra cerrada habitualmente, y ha servido de establo y almacén.

En el resto de los casos, existen varias causas «humanas» que conducen en primer lugar a la desatención y después a la ruina:

- La mayoría de los que pueden considerarse antros sacros antiguos han sido secularizados y utilizados con propósitos ajenos a su función inicial, al desaparecer el eremitismo, probablemente una vez afianzada la Reconquista.
- Más dejados de la mano han quedado los antros tras el progresivo abandono de las actividades que los mantenían en uso: cría de paloma, bodegas —radicadas ahora en cooperativas—, majadas. Estos usos no han permitido tampoco una buena conservación, pero al menos necesitaban de un mínimo cuidado físico y prevenían de vandalismo.
- Abandono del hábitat humano rupestre. La desaparición de las cuevas vivienda en la Ribera del Ebro a lo largo de los años 60 tiene mucho que ver con los realojos en las denominadas casas baratas, dado que se consideraba denigrante la habitación de familias enteras en estos espacios.⁷

En segundo lugar apuntamos causas de tipo natural:

- Se trata de litologías blandas, en términos de mecánica de rocas. Hemos efectuado mediciones mediante martillo Schmidt en diversos emplazamientos. Cuantitativamente, los valores que se estiman razonables son de unos 30 MPa para las areniscas de Nájera (hemos medido valores similares en las que conforman el basamento de los Palomares de Nalda, en torno a 28 MPa), y 22 MPa para las limolitas o areniscas de grano fino de Albelda. En el río Cidacos los valores van de los 28 MPa para las areniscas que hemos podido ensayar en Herce, siendo por el contrario de peor calidad los datos obtenidos en dos afloramientos muy distintos de Arnedo, del orden de 22 MPa, por ser la arenisca más débil.
- Se pueden considerar excepción los conglomerados de Islallana o de San Millán. Sin embargo, aunque como macizo rocoso se pueda catalogar de competente (en zonas consolidadas los valores obtenidos en el esclerómetro apuntan a los 40 MPa), la labra no es imposible, pues el cemento arenoso puede ser disgregable a golpe de martillo, y por tanto es atacable. Eso sí, las cavidades resultan más irregulares.
- Se trata de rocas que sufren fenómenos de erosión diferencial apreciables, debido a que dado el tipo de sedimentación dominante, existieron regímenes torrenciales distintos con deposiciones más tranquilas (capas de lutitas), que fomentan la existencia de balmas y viseras: el ejemplo más evidente es el cantil que domina Nájera, pero también se aprecia el problema en diversas zonas del Cidacos y en la zona más arcillosa del Iregua.
- Los cauces riojanos salvan desniveles apreciables en recorridos cortos (por ejemplo, desde los Hoyos del Iregua hasta Albelda apenas son 30 los kilómetros en los cuales el río salva unos 1.500 metros de desnivel), y es por ello que su capacidad erosiva se puede considerar elevada. En el caso del Cidacos, su recorrido es algo mayor desde la parte septentrional de Oncala, pero de sus crecidas nos habla su llanura aluvial, en la que dominan los canchos y

bloques de gran tamaño desde que el valle se abre aguas abajo de Arnedillo. Los procesos de socavación y deslizamiento están activos en varios puntos que hemos podido observar en margen derecha en las cercanías de Herce.

- El carácter incisivo de la red fluvial es responsable mayoritario de la descompresión en las rocas adyacentes, y por tanto de la aparición de fisuración subvertical, lo cual debe sumarse a una resistencia a la tracción probablemente baja, dada la resistencia a compresión antes citada. A esta fracturación suele acompañarle otro sistema subortogonal que contribuye a formar cuñas o individualiza lajas. Aparte de las noticias recabadas, se observa la progresión

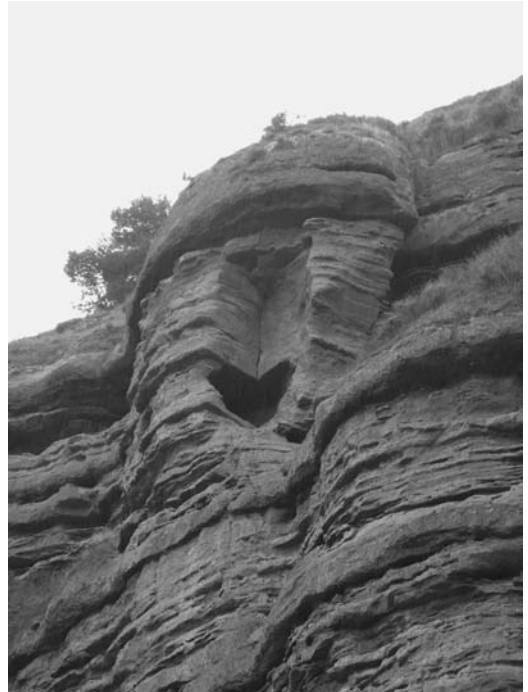


Figura 3

Detalle del diedro casi perfecto que arruina una cueva colgada de refugio en el sector de las Siete Cuevas de Nájera. Una de las fracturas de las areniscas es la subparalela al cantil, del orden de N50E. Se conjuga con otra N130E (la perpendicular al cortado), y se descalza por erosión diferencial. Ejemplos similares a todas las escalas se observan en el entorno. Foto: CSS, 2007.

de los fenómenos, por ejemplo, en la existencia de diaclasas muy abiertas que afectan a nichos excavados, como en la cueva de los Llanos de Arnedo.

- No es sin embargo significativa la alteración por capilaridad. Por varias causas: en primer lugar, los antros están en general muy altos sobre los valles fluviales, debido a su carácter de retiro o refugio (en el caso de los antiguos), y por causa parecida en el caso de los más modernos (los cuatro antiguos barrios rupestres de Arnedo están a cotas altas en los cerros). Además las formaciones excavadas son básicamente impermeables, y sólo la escasa fracturación podría aportar aguas. Al abrirse en cantiles muy verticalizados, la escorrentía exterior no es apenas penetrativa. Tan sólo en el caso de Nalda, en el cual la cobertera es pequeña, y la conforma una lastra de conglomerados, hay ciertos

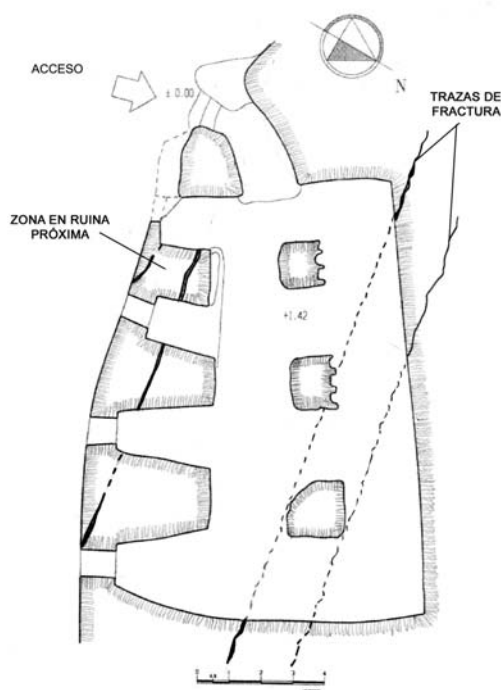


Figura 4
Planta de la Cueva de los Llanos (Arnedo) y sistema de fracturación responsable de la situación de ruina inminente. Elaborada a partir de González Blanco (1999).



Figura 5
Interior de la misma cueva de los Llanos. Se observa la fractura abierta que desgaja el tabique de roca externo. La fractura es posterior a la labra de los nichos. Las diaclasas asociadas posteriores están parcialmente cerradas. Las trazas son decamétricas. Buzan 70–80° Sur. Foto CSS, 2007.

indicios de humedad y alteración en el contacto entre dicho conglomerado y la arenisca que moldea el peñón.

CONCLUSIONES

El patrimonio rupestre al que nos hemos referido en esta comunicación necesita de una reflexión acerca de su futuro. Dada la variedad del mismo, se antoja muy complicada la salvaguarda de todos los emplazamientos. Bajo criterios preferentemente arqueológicos e históricos debieran evaluarse los niveles de protección necesarios para los distintos elementos existentes, encaminando esta clasificación a establecer prioridades en las acciones a emprender.



Figura 6

Aspecto externo de los Palomares de Nalda. El paramento izquierdo u occidental, orientado aproximadamente N140E, está amenazado por fracturas subparalelas al mismo (N150E de media), junto con otras casi ortogonales (N80E), ambas casi verticales. Tienden a desgajar el vértice, que está apuntalado. Obsérvese también en dicho saliente la erosión diferencial, con algunos niveles areniscosos basales y el remate en conglomerados. La cuesta de acceso son derrubios producto de sucesivos retrocesos del frente por caída de bloques. Foto: CSS, 2005.

Los riesgos geológicos asociados a las excavaciones existentes se han traducido históricamente en la ruina brusca o progresiva de diversos hipogeos. Algunos debieran conservarse a futuro:

- Una parte prioritaria de las cuevas de Nájera: por su situación y cercanía a los sectores más antiguos de la población, parece más interesante proteger de inmediato el grupo del Castillo, y dotar al cantil de las medidas de consolidación (básicamente un bulonado y red de recogida de bloques caedizos), con objeto de reabrir los accesos, con la debida ordenación de los mismos.
- En el Cidacos existen varios edificios subterráneos de interés. El Juncal de Herce necesita

cuando menos señalización, limpieza, y quizás algún afianzamiento. Parte de los grupos de San Miguel y Patio de los Curas de Arnedo están protegidos por redes, y se debieran consolidar algunos frentes. La nave hipogea de Vico requiere mejoras de conservación, limpieza y accesos. También podría abordarse la protección de una serie selectiva de palomares que pudieran ser más antiguos (por ejemplo, la Cueva de los Llanos, amenazada de ruina, pero que necesitaría de medidas más vigorosas, tales como anclajes más largos, rellenos de mortero, cosidos auxiliares). El panorama es muy amplio.⁸

- En el Iregua es difícil escoger: la Panera de Albelda es el edificio más interesante que per-

vive, y no se encuentra en riesgo inmediato. Las cuevas de los Palomares debieran ser a su vez tratadas para impedir su derrumbe. Tanto si se trata de un edificio antiguo como de un más moderno palomar, el lugar tiene el atractivo suficiente para programar una labor de consolidación que se nos antoja sencilla.

- No contamos aquí los casos de buena conservación o actuaciones en curso (San Tirso o San Millán), cuya supervivencia parece más que asegurada.

NOTAS

1. En Arnedo, por ejemplo, García Prado (1949) cita 181 cuevas habitadas en cuatro barrios en 1945, y que entre dicho año y el de su escrito se habían excavado 8 cuevas más. Todavía viven en dicha población maestros picadores, ya ancianos, que se encargaron de horadar casas (comunicación personal de David Eguizábal, arqueólogo).
2. La labra de nichos en los palomares ha sido motivo de discrepancias. Independientemente de que se sepa que la cría de palomas ha sido una actividad tradicional tanto en el valle del Iregua como en el del Cidacos, González Blanco (1999) interpreta en varios trabajos la influencia del cristianismo oriental en estos columbarios, asociándolos a nichos de carácter memorial en muchas de las cuevas que estudia, donde los eremitas alojarían reliquias de sus compañeros y predecesores difuntos. Para Monreal (1989) no es creíble esta hipótesis, pues este uso no se repite en otros muchos enclaves rupestres, tales como los de Treviño.
3. Según San Braulio, la vida eremítica de San Millán se desarrolló en un oratorio cercano a la villa de *Vergegio* (Berceo).
4. Un documento de época, transcrito por diferentes autores —por ejemplo Monreal Jimeno (1989: 183)— nos muestra al rey navarro orando en el lugar antes de guerrear en Tafalla. A raíz de su victoria fundó el monasterio. Era 1052.
5. El sector navarro-riojano del Ebro fue devastado en varias ocasiones a lo largo de los siglos IX y X. Cañada Juste (1976), recogiendo el relato de Ibn-Idhari, nos refiere la aceifa de 924 comandada por el todavía emir Abderrahman III, y cómo tras atacar Cárcar «... pasó al lugar llamado Peralta (Bitra Alta), en cuyos alrededores se encontraban castillos fuertemente situados; los cristianos los evacuaron... Algunos de ellos se refugiaron con sus mujeres e hijos en tres cuevas situadas al extremo de una cortadura dominando el valle; pero nuestros soldados no cesaron en sus ataques, y

bien elevándose hasta allí, bien bajando hacia ellos, acabaron, gracias a Dios, por dominarlos». Estas cuevas son probablemente las que existen colgadas en los farallones yesíferos en margen derecha del Arga, aguas arriba de Peralta, e indican que existían antros artificiales que servían al menos de refugio en estos casos. Cuestión que podría repetirse con las cuevas de Nájera, u otras asimilables.

6. La denominada Cueva de los Llanos, interpretada por González Blanco (1999) como eremítica, ha sido enclavado de ganado bovino (comunicación personal de D. Eguizábal). La forma de sus pilares, erosionados por la base, podría deberse al trasiego de las reses, hacinadas en las naveas.
7. El Plan C.C.B. (Cáritas, 1963), que identifica por diócesis las viviendas rupestres de toda España es un documento de gran valor no sólo testimonial, sino doctrinal, pues pretende establecer —entre otras— las relaciones marginalidad, pobreza o educación, con las viviendas en cuevas. En la diócesis de Calahorra indica que 418 familias habitaban cuevas en 37 municipios de la Rioja Baja. En algunos pueblos de la ribera navarra conocemos la demolición de los barrios rupestres a primeros de los 70, barrios que llegaron a agrupar en los años 30 a cerca de un tercio de la población en lugares como Milagro o Arguedas.
8. Un primer e interesante esfuerzo es el abordado por la Asociación de Amigos de la Historia y Patrimonio Cultural de Arnedo y Comarca (2004), sintetizando los usos de diferentes edificios subterráneos en siete distintos: religiosos, agro-industriales (palomares, corrales, abejas, leñeras y bodegas) y casas-cueva. Considera nueve localizaciones rupestres de probable asignación religiosa, desde San Tirso de Arnedillo hasta Autol, cinco de las cuales están en Arnedo. No pretende decantarse en un sentido u otro de las hipótesis de González Blanco (1999) acerca del uso de espacios tales como Los Llanos de Arnedo.

LISTA DE REFERENCIAS

- Asociación de Amigos de la Historia y Patrimonio Cultural de Arnedo y Comarca. 2004. *Panorama rupestre en el valle medio del Cidacos*. Logroño: Fundación Caja Rioja.
- Ayala, F., Aparicio, V., Conconi, G. 1988. Estudio de inestabilidades en los acantilados yesíferos de la ribera navarra. En: *II Simposio sobre taludes y laderas inestables. Comunicaciones: 657–668*. Andorra: Alonso y Corominas, eds.
- Cantera Orive, Julián. 1951. El primer siglo del Monasterio de San Martín de Albelda. *Berceo*, 19: 175–186.
- Cañada Juste, A. 1976. *La campaña musulmana de Pamplona. Año 924*. Pamplona: Institución Príncipe de Viana.

- Caritas Española. 1965. *Plan C.C.B. Plan de promoción social, asistencia social y beneficencia de la iglesia en España*. Madrid: Sección de Estudios de Cáritas Española. Ed. Suramérica.
- Faci, E., Rodríguez-Avial, J. I. y Jugo, J. 1988. Estabilización y establecimiento de medidas preventivas en un talud rocoso en Azagra (Navarra). En: *II Simposio sobre taludes y laderas inestables. Comunicaciones*: 485–496. Andorra: Alonso y Corominas, eds.
- Faci, E., Rodríguez-Avial, J. I. y Jugo, J. 1988. Estabilización y medidas correctoras del talud rocoso «Las Tres Marías» (Navarra). En: *II Simposio sobre taludes y laderas inestables. Comunicaciones*: 497–511. Andorra: Alonso y Corominas, eds.
- García Prado, J. 1949. Las cuevas habitadas de Arnedo. *Berceo*, 12: 341–363.
- González Blanco, Antonino (ed.). 1999. *Los columbarios de La Rioja*. Antigüedad y cristianismo. Monografías históricas sobre la antigüedad tardía, XVI. Murcia: Área de Historia Antigua de la Universidad de Murcia.
- Goicoechea, Cesáreo. 1949. *Castillos de La Rioja. Notas descriptivas e históricas*. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos.
- Iñiguez Almech, F. 1955: Algunos problemas de las viejas iglesias españolas. *Cuadernos de trabajo de la Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma*, VII: 7–180.
- Madoz, Pascual. 1848–1850. *Diccionario Geográfico - Estadístico - Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Madrid: Imprenta de Pascual Madoz.
- Monreal Jimeno, Luis A. 1989. *Eremitorios rupestres altomedievales. El alto valle del Ebro*. Cuadernos de Arqueología de Deusto, 12. Bilbao: Universidad de Deusto.
- Pérez de Urbel, Fr. J. 1969. *El Condado de Castilla*. Madrid: Ed. Siglo Ilustrado.
- Puertas Tricas, Rafael. 1974. Cuevas artificiales de época altomedieval en Nájera. *Berceo*, 86: 7–20.